

Filósofos en 90 minutos

SAN AGUSTÍN

en 90 minutos



Las batallas de Agustín con el sexo y con su dominante madre, seguidas de su crisis espiritual y de su conversión al cristianismo —contadas con detalle en sus *Confesiones*— le condujeron por último a hacer su contribución más importante a la filosofía: la fusión de las doctrinas del cristianismo y del neoplatonismo.

Así, no solamente proporcionó al cristianismo un fuerte soporte intelectual, sino que lo enlazó con la tradición griega de la filosofía. De este modo, el cristianismo pudo mantener encendida la llama de la filosofía, si bien débilmente, a través de la Edad Media.

Agustín produjo también importantes ideas filosóficas propias, incluidas teorías del tiempo y del conocimiento subjetivo que anticipaban en muchos siglos la obra de Kant y de Descartes.

En *San Agustín en 90 minutos*, Paul Strathern presenta un recuento conciso y experto de la vida e ideas de San Agustín, y explica su influencia en la lucha del hombre por comprender su existencia en el mundo. El libro incluye una selección de escritos de San Agustín, una breve lista de lecturas sugeridas para aquellos que deseen profundizar en su pensamiento y cronologías que sitúan a San Agustín en su época y en una sinopsis más amplia de la filosofía.



Paul Strathern

San Agustín en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 18

ePub r1.1
Titivillus 15.11.15

Título original: *St. Augustine in 90 minutes*
Paul Strathern, 1997
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Introducción

La Edad de Oro de la filosofía llegó a su fin con la muerte de Aristóteles el año 322 a. C. Lo que había sido objeto de razonamientos coherentes degeneró en gran medida en actitud o comentario. De lo primero, dos eran las actitudes principales. Corriendo los tiempos que corrían, ninguna de las dos era optimista.

La filosofía estoica fue originada por Zenón de Citio, nacido en Chipre a principios del siglo tercero anterior a Cristo. Zenón fue un capitalista de éxito hasta que perdió todos sus recursos en un naufragio. Se sintió inmediatamente atraído por los cínicos, que pensaban que las posesiones materiales no tenían la menor importancia. Zenón partió de esta actitud para desarrollar su propia filosofía estoica, que recibió su nombre de los *stoa* (columnas) de la arcada de Atenas donde enseñaba. Zenón adoptó la actitud estoica frente a la vida. Afirmaba que los hombres se dividen en dos categorías. El primer grupo (todos los estoicos) consistía en los sabios, indiferentes a todo excepto a su propia sabiduría. El resto eran los tontos.

La sabiduría consistía para los estoicos en renunciar a las pasiones y llevar una vida de virtud, lo que implicaba el control de sí mismo, la fortaleza frente a la adversidad y la conducta justa.

La filosofía estoica se desarrolló durante siglos y llegó a estar en boga en Roma, especialmente entre los miembros desilusionados de las capas altas, que tenían que soportar los caprichos de emperadores recalcitrantes. El dramaturgo Séneca trató incluso de enseñar el estoicismo a Nerón, pero el emperador demostró no tener el temperamento adecuado para esta filosofía.

Finalmente; en el segundo siglo d. C., el estoicismo fue adoptado

por el emperador Marco Aurelio; que escribió una serie de meditaciones bastante pomposas y banales durante sus largas campañas contra los bárbaros transdanubianos.

Otras posturas filosóficas similares dieron origen a los cínicos, antes mencionados; y a los escépticos; que pensaban que no sabían nada, pero que no veían ninguna contradicción en enseñar esto.

Pero la tendencia más importante después de la de los estoicos fue la iniciada por Epicuro, que nació a mediados del siglo IV a. C., probablemente en Samos. Epicuro se estableció en Atenas y fundó una comunidad que vivía en su huerto y seguía su filosofía; opuesta al estoicismo en muchos aspectos y conocida como epicureísmo. Los estoicos renunciaban a los placeres y los epicúreos estaban por la buena vida. Pero el propio Epicuro pensaba que la buena vida consistía en la sencillez extrema; en vivir a pan y agua, con quizá un poco de queso los días de fiesta. Su objetivo (y el de su filosofía al principio) era el de alcanzar una vida libre de todo sufrimiento. El sexo, la bebida, las ambiciones de todo tipo —en suma, la gran vida— traían como resultado resacas y decepciones, el sufrimiento, en suma, y lo mejor era evitar sus causas. Los romanos, poco proclives a tales finezas filosóficas, abrazaron ávidamente el epicureísmo, pero con sus propias ideas acerca de lo que es la gran vida, que comprendía muchísimo más que pan y agua. De este modo se corrompió el epicureísmo, adquiriendo la connotación de permisividad egoísta que mantiene hasta el día de hoy.

Casi todos los demás filósofos de este periodo se concentraban en la obra de sus grandes predecesores y su actividad consistía principalmente en comentarlos, analizarlos y reelaborarlos, y en la sofistería. Los más destacados de entre estos nada originales filósofos eran los seguidores de Pitágoras y Platón. El más grande de estos últimos fue Plotino, que desarrolló la tendencia religiosa del platonismo, incorporando diversos rasgos místicos. Al final, su filosofía apenas podía ser reconocida como platonismo, por lo que se la denominó neoplatonismo.

El acontecimiento intelectual más importante de los primeros siglos después de Cristo fue la difusión del cristianismo. Éste sirvió de barrera a todo desarrollo filosófico serio hasta la llegada de Agustín.

Vida y obra

“Fui a Cartago, donde terminé en un bullente caldero de lascivia. En un frenesí de lujuria hice cosas abominables; me sumergí en fétida depravación hasta hartarme de placeres infernales. Los apetitos carnales, como un pantano burbujeante, y el sexo viril manando dentro de mí rezumaban vapores…”. San Agustín era un maníaco sexual, o eso es lo que pretende hacernos creer. Se castiga página tras página de sus famosas *Confesiones* por ser “el más vil esclavo de las bajas pasiones” y por recrearse en “la basura de la impudicia, el negro río infernal de la lujuria”. Pero el lector expectante pasa las páginas con decepción creciente en busca de ejemplos reales de esta lascivia enloquecida, de modo que no se sabe qué hacía Agustín exactamente en los suntuosos nidos de vicio de Cartago. Mi conjetura es que no era mucho más que las acostumbradas aventuras de estudiantes.

Pero no se puede negar que Agustín tenía un problema con el sexo. Tenía un impulso sexual fuerte y probablemente disfrutó de él cuando lo ejercitó. Pero, a la vez, su mente deseaba fuertemente la castidad. Unas cuantas sesiones con un psicoanalista comprensivo habrían, posiblemente, desarmado el problema, pero eso habría privado a la filosofía de su exponente más grande durante casi más de un milenio y medio. Cuando Agustín aparece en escena han pasado seiscientos años desde la muerte de Aristóteles; al morir Agustín faltaban casi ochocientos años para la aparición de Tomás de Aquino.

Agustín nació el año
354 d. C.
en la pequeña ciudad de Tagaste, en la provincia romana de

Numidia (ahora Souk Ahras, en el *hinterland* nororiental de Argelia). Parece ser que sus padres fueron una pareja de clase media, bastante borrachines los dos. Su padre, muy bebedor, llegó a mostrar síntomas alcohólicos de desintegración emocional, en forma de una persecución obsesiva de las mujeres y de accesos violentos, después de lo cual la madre de Agustín, Mónica, abjuró del demonio de la bebida y transformó sus frustraciones y desilusiones en ambiciones para su hijo.

Conocemos bastante de la juventud de Agustín por las descripciones que hace en sus *Confesiones*. Desde un principio, Mónica parece haber abrumado al pequeño Agustín, si bien éste no aventura nunca una palabra en contra de su madre, cuyo obsesivo cristianismo puritano impregna el libro desde la primera página. “¿Quién me quitará los pecados que cometí de bebé?” se pregunta Agustín, reprochándose los llantos pidiendo la leche de su madre. “Fui en verdad un gran pecador”, comenta, sin ironía, recordando su falta de interés en la escuela.

De adolescente se sale de verdad de madre y roba peras con sus compañeros de la escuela. Esta vil iniquidad da lugar a una orgía de auto-flagelación que continúa hasta el final del capítulo “un alma sucia expulsada del firmamento… hasta las profundidades del abismo”, etc. Prosigue de similar tenor otros *seis* capítulos antes de terminar: “¿Quién podrá desenredar esta retorcida maraña de nudos? Me estremece la sola idea de recordarlo o de pensar en tamaña abominación”. ¿De qué diablos habla? Los lectores con inclinación a la psicología encontrarán connotaciones simbólicas en el “sacudir el fruto del árbol” del muchacho, pero ésta sería una explicación chata y poco informativa. Mamá era, en definitiva, el villano de la historia.

No hay duda ninguna de que Mónica manejaba la vida familiar. Incluso se las compuso para que el desventurado Patricio se convirtiera al cristianismo un año antes de su muerte, casi con certeza en un arranque de remordimiento alcohólico. Y cuando pareció que el joven Agustín había heredado algunas de las horribles costumbres de su padre, fue expulsado del hogar. Pero sólo por breve tiempo, pues Mónica no quería soltarle de sus garras.

Mientras tanto, Agustín seguía luchando con su Problema. Desesperado, se volvía a veces hacia Dios, implorándole

conmovedoramente, “Señor, dadme la castidad, pero no ahora”. No quería que Dios le “curara demasiado pronto de la enfermedad de la lujuria, que deseaba satisfacer, no apagar”.

Agustín era un muchacho sumamente brillante y Mónica tenía ambiciosos proyectos para él. Antes de morir Patricio, había reunido el dinero suficiente para que el chico prosiguiera su educación en Cartago. Allí, lejos de su madre, Agustín tuvo varias experiencias en burdeles y se aficionó al teatro (descrito después en las *Confesiones* como “una sarna asquerosa, que crece y se ulcera con un horrible pus. ¡Qué delirio tan miserable!”). Se puso a vivir con una mujer, con quien había de mantener una relación amorosa larga y fiel y que tuvo de él un “hijo fortuito”. (Nada se dice en contra de ella como persona en las *Confesiones*, lo que le perturbaba fue lo que repetida y placenteramente hacían juntos).

Pero Agustín no era un simple pedante con problemas. La turbulencia que le arrastraba a tales extremos de (pretendida) lascivia y de (puramente literario) envilecimiento le impulsaba con igual fuerza a descubrir la verdad acerca de sí mismo. ¿Por qué se comportaba de tal manera? ¿Cómo podía ser tan total y despreciablemente vil y sucio y, al mismo tiempo, anhelar la pureza con ansia semejante?

No se contaba con la psicología que podría haberle reducido a una normalidad vulgar, y el cristianismo que le ofrecía su madre parecía demasiado simple para satisfacer su exigente intelecto. Lo que necesitaba era una explicación convincente de sus dificultades, lo bastante profunda para que él pudiera creerla. Comenzó a leer a Cicerón y se sintió enseguida atraído por la filosofía. Fue Cicerón, un graduado de la Academia de Platón, quien le enseñó el difícil negocio de pensar adecuadamente. Pero Cicerón no ofrecía soluciones.

Agustín encontró lo que buscaba en el maniqueísmo. Esta secta casi cristiana había sido fundada un siglo antes por un persa llamado Mani, que había pretendido ser el Espíritu Santo y había sido crucificado por adoradores del fuego. El maniqueísmo era en esencia dualista y sus partidarios creían que el mundo es producto del conflicto entre Dios y el Mal (o entre la Luz y la Oscuridad). El alma humana es luz, atrapada en la oscuridad de la que debe tratar de liberarse. Ésta era una creencia hecha a la medida para Agustín

en la situación en que se encontraba, aunque había sido proscrita, como herejía, por la iglesia cristiana. Agustín se entregó al maniqueísmo con los brazos abiertos.

Mónica no recibió satisfecha a su hijo después de sus cuatro años de estudio en Cartago. Podía aceptar a la amante y al niño (ya se encargaría de esto más tarde), pero el maniqueísmo era otra cosa, afligía su corazón y no quería ocultarlo. Entretanto, Agustín comenzó a enseñar retórica en su ciudad natal y a interesarse por la astronomía. Un año después, ya con veinte años, seguía siendo ambicioso y regresó a Cartago, en cuya universidad trabajó como profesor visitante. Por desgracia, los tiempos estaban cambiando y no había manera de controlar a los estudiantes. Los problemas de disciplina eran tan grandes que la enseñanza resultaba virtualmente imposible. Agustín decidió ir a Roma con su amante y su hijo en busca de trabajo.

Ya por entonces, Agustín comenzaba a albergar dudas acerca del maniqueísmo. Los últimos descubrimientos en astronomía no casaban con las explicaciones mitológicas de los cielos que ofrecían los maniqueos. Agustín recibió la visita del obispo Fausto, el sabio maniqueo, y juntos discutieron sobre estos temas, pero el buen obispo hubo de confesar que no tenía respuestas, lo cual hizo meditar a Agustín.

Madre no aprobaba el proyectado viaje a Roma y se trasladó a Cartago para hacerlo saber. Hubo una escena en el puerto antes de que el barco se hiciera a la mar, con Mónica "abrazada a mí con toda su fuerza, con la esperanza de que, o bien yo regresaba a casa, o bien la llevaba conmigo". Finalmente, Agustín persuadió a Mónica de que el barco zarparía el día siguiente, de modo que ella se fue a visitar la capilla vecina de San Cipriano y Agustín se hizo a la vela aprovechando la oscuridad de la noche, "dejándola sola con sus oraciones y sus lágrimas".

Agustín prosiguió en Roma su trato con los maniqueos. No obstante sus dudas, continuaba creyendo, según su doctrina, que no somos nosotros quienes pecamos, sino otra naturaleza más tenebrosa que se apodera de nuestras almas. Continuó enseñando, y en menos de un año ya se había hecho notar su brillantez intelectual. Le fue ofrecido un puesto de profesor de retórica en Milán.

Milán había reemplazado recientemente a Roma como capital administrativa del Imperio Romano, que se encontraba en el proceso de división en sus dos mitades oriental y occidental. El imperio entraba en uno de los episodios más exóticos de su largo declinar, con la coronación de emperadores adolescentes y cosas de este estilo. (El ejército se había superado a sí mismo proclamando emperador a un niño de cuatro años, pero se pasó cortésmente por alto este ejemplo de inteligencia militar y, en su lugar, se puso por breve tiempo un adulto degenerado). El emperador que gobernaba a la sazón residía en Milán, pero la figura más influyente era la del obispo Ambrosio, quien luego sería hecho santo. Su poder era tan grande que había ordenado recientemente al emperador Teodosio cumplir una penitencia por haber sido responsable de una masacre en Tesalónica.

Ambrosio era una de las mentes más capaces de la Cristiandad y sus sermones atraían una amplia audiencia. Agustín acudió a uno de ellos y se desengañó en el acto de dos prejuicios que había mantenido respecto del cristianismo. Vio que un hombre de gran inteligencia *podía* abrazar esta religión y vio también que la Biblia era un libro más profundo de lo que él había creído y que no siempre había de ser comprendido literalmente.

Un año después de la llegada de Agustín a Milán, su madre le alcanzó por fin. Ahora podía él asegurar a Mónica que ya no era maniqueo, pero tampoco era todavía cristiano, todavía albergaba grandes ambiciones de "fama, riquezas y matrimonio". Parece ser que Mónica estaba a favor y pronto le persuadió de que había llegado el momento de encontrar una buena esposa. Se eligió una muchacha de una familia apropiada y se prometieron, a pesar de que ella era tan joven que tenían que esperar dos años antes de poder casarse legalmente. Pero había que pagar un precio, y éste era que "la mujer con la que había estado viviendo [durante más de doce años] debía apartarse de mi lado por ser un obstáculo a mi matrimonio, y éste era un golpe que hizo sangrar mi corazón, pues la amaba tiernamente". La amante de Agustín —que permanece sin nombre en las *Confesiones*— fue obligada a dejar su hijo con Agustín y enviada a África, "con la promesa de no entregarse a ningún otro hombre". (Esta última observación se utiliza de costumbre como prueba de su amor imperecedero por Agustín, aunque puede ser que

las mujeres lo interpreten de manera distinta). La perspectiva de dos años de espera antes del matrimonio le pareció insoportable a Agustín y tomó otra amante, a pesar de que seguía estando “desolado” por la pérdida de la primera.

Agustín se encontraba, más que nunca, atormentado por “el problema del mal”. No podía ya creer en los maniqueos, debido en gran parte a su inferioridad intelectual. No eran capaces de responder sus preguntas sobre astronomía ni de explicar el problema de su irrefrenable impulso sexual, pero no parecía haber alternativa a su interpretación dualista del mundo. El alma de la Luz dentro de él permanecía, indefensa y fuera de su control, en las garras de la Oscuridad. Sin embargo, la mera noción de dualismo le resultaba cada vez más inaceptable. Entonces descubrió los escritos de Plotino.

Plotino había nacido en Alejandría a comienzos del tercer siglo d. C. Al igual que muchos críticos brillantes, pensaba que comprendía lo que leía mejor que el propio autor. En este caso, Plotino estaba convencido de que comprendía la filosofía de Platón mucho mejor que éste. En sus intentos por explicar lo que Platón había tratado realmente de decir, Plotino transformó las teorías originales de Platón en lo que llegó a ser llamado neoplatonismo. En el receptáculo de la teoría platónica, Plotino vertió un cóctel de esencias de Pitágoras, Aristóteles y los estoicos, añadiendo unas cuantas gotas de su propio misticismo.

Como Platón, los neoplatónicos pensaban que la realidad última y el bien son trascendentes. La realidad más alta es el Uno. Las cosas emanan de esta unidad en orden descendente de realidad, valor e integración. El mal surge en la materia dispersa en el punto más bajo de la escala, el más alejado del Uno. Esto significaba que no había necesidad del dualismo para describir la naturaleza del mal, como pretendían los maniqueos. Para los neoplatónicos, el mal era meramente la ausencia de bien; era la cosa más alejada de la suprema realidad del Uno, y así la cosa menos real de todas. Aquí estaba la respuesta al dualismo inaceptable para Agustín, una respuesta que resolvía de una vez por todas el problema del mal. (Apenas si existía).

En ese estado de su desarrollo, el platonismo semejaba en muchos aspectos una versión filosófica del cristianismo, aunque sin

un Dios cristiano. Todo este tiempo, Agustín se aproximaba más y más al cristianismo de su madre; en su búsqueda de la verdad llegó incluso a leer las epístolas de San Pablo, pero no se decidía todavía a dar el paso definitivo.

Esta crisis espiritual llevó a Agustín, hacia agosto del año 388 d. C., hasta el borde de una crisis nerviosa. Un día, en medio de un torbellino de cólera y angustia, consecuencia de su estado de indecisión, buscó alivio en la quietud de su jardín. Se mesaba los cabellos y se golpeaba la frente con los puños, cayó al suelo debajo de una higuera y estalló en lágrimas. Lentamente llegó a tomar conciencia de la voz cantarina de un niño que cantaba en una casa vecina, "Tolle, lege. Tolle, lege". (Toma y lee). Al principio creyó que se trataba de un juego infantil, pero pronto se apercibió de que "esto sólo podía ser un mandato divino para que abriera las Escrituras y leyera las primeras líneas sobre las que cayeran mis ojos". Cesó inmediatamente de sollozar, se levantó y corrió hacia la copia de las epístolas de San Pablo que había dejado en un banco. Cogió el libro, lo abrió, y leyó las primeras palabras que vio: "… no en orgías y borracheras, no en la lascivia y la impudicia, no en la disensión y la envidia. En lugar de esto, toma en ti al Señor Jesucristo, y no gastes más tiempo pensando en la carne y en satisfacer sus placeres". Agustín se había convertido. Volvió a la casa y contó a su madre lo que le había sucedido; y ella se colmó de gozo.

A través de los siglos, muchos cristianos han visto un milagro en la conversión de Agustín al cristianismo, pero conviene señalar que si miras en las epístolas de San Pablo hay pocas posibilidades de que te hablen en otros términos que no sean los cristianos. De haber mirado Agustín en las Upanishad o en el Libro de los Muertos egipcio habría encontrado pasajes muy similares exhortándole a hacerse hindú o a adorar al Dios Sol Re.

Agustín renunció a la enseñanza y desechó la idea de matrimonio. El sábado antes de la Semana Santa del 387, fueron bautizados él y su hijo Adeodato por Ambrosio en Milán. Agustín y su madre decidieron regresar a Numidia, pero cuando se disponían a embarcar en el puerto de Ostia, Mónica enfermó de fiebres. Agustín hizo lo que pudo por cuidarla, pero su misión se había

cumplido y expiró.

La madre de Agustín fue canonizada años más tarde y es hoy la santa patrona de las mujeres casadas. Sus sagrados restos fueron trasladados a Roma, donde, muy apropiadamente, reposan en la iglesia de
Sant'Agostino.
Hoy en día es recordada sobre todo por el nombre de un laxo suburbio de Los Ángeles al lado de la playa, la conducta de cuyos habitantes no habría seguramente aprobado. Con la muerte de Santa Mónica termina la parte narrativa de las *Confesiones* que Agustín escribiría una década más tarde.

Agustín se hizo a la vela hacia África y regresó a Tagaste, acompañado por varios amigos devotos. Establecieron una comunidad para llevar una vida monacal; Agustín pasaba la mayor parte de su tiempo escribiendo y estudiando. A pesar de las protestas que hace de su carácter apasionado y pecador, Agustín fue esencialmente una personalidad contemplativa. Era éste el tipo de vida que más le gustaba y fue durante ese periodo cuando se dedicó a pensar y a poner los cimientos de su filosofía.

Agustín se había sentido particularmente impresionado por los elementos místicos del neoplatonismo; y por la idea de que el más íntimo espíritu del hombre lo une a la realidad suprema. Plotino pensaba que hemos de mirar profundamente dentro de nosotros mismos para alcanzar el Uno supremo, la realidad última. Ésta había sido la experiencia de Agustín y ahora trataba de conciliar la doctrina de Plotino con el cristianismo de San Pablo. Con el tiempo, llegó a avenir todo el neoplatonismo con las enseñanzas de la Biblia.

La fusión de estas dos doctrinas; que estaban lejos de ser complementarias; fue la contribución más importante de Agustín a la filosofía. No sólo proporcionó así al cristianismo un apoyo intelectual fuerte, sino que lo enlazó con la tradición filosófica griega. De este modo pudo el cristianismo mantener encendida; si bien débilmente; la llama de la filosofía durante la Edad Media.

Agustín originó muchas ideas filosóficas propias a lo largo de su obra. El pensamiento griego de Plotino; parecido en esto al nuestro de hoy, no podía aceptar que algo pudiera ser creado de la nada, como en la Biblia. Para los neoplatónicos, el Uno era intemporal y

no tenía propósito. Con el fin de hacer consistente el neoplatonismo con el Génesis, Agustín introdujo en aquél la creación y la “voluntad de Dios de que las buenas cosas sean”. Pero con esto se enfrentaba a una dificultad. ¿Cómo podía el Uno (ahora Dios) intemporal obrar en el tiempo?

Este problema condujo a Agustín a proponer una teoría del tiempo mucho más avanzada que cualquier pensamiento griego sobre la materia, y que no fue desafiada hasta la teoría de Kant, trece siglos más tarde (que para algunos no es sino el desarrollo de la idea original de Agustín). Según Agustín, Dios existe fuera del tiempo, y éste comenzó sólo con la creación del mundo. Así pues, no es válida la pregunta sobre qué sucedía antes de que el mundo fuera creado. Para Agustín, el tiempo es subjetivo y existe sólo en la mente humana, como un aspecto de nuestra manera de ver. No podemos ver el mundo de otra manera, aunque la realidad última no está sometida al tiempo.

Este subjetivismo esencialmente ciego, inconsciente, llevó a Agustín a cuestionar las bases del conocimiento subjetivo. ¿Qué podemos conocer de la realidad última, si está más allá de nosotros en todo sentido? Y en verdad, ¿qué sabemos? Nada con certeza, excepto que existimos y que pensamos. Estas ideas de los *Soliloquios* de Agustín se anticipan en más de once siglos al famoso “*Cogito ergo sum*” (Pienso, luego existo) de Descartes, que había de ser una revolución en la filosofía. Este pasaje fue pasado por alto, o no desarrollado, por los sucesores medievales de Agustín; por fortuna, pues de lo contrario habrían terminado probablemente quemados en la hoguera.

El año 391, Agustín visitó Hipona (antes Bône, ahora Annaba, en la costa nororiental de Argelia). Allí, el obispo Valerio le convenció de que debía ordenarse sacerdote, obligándole a abandonar su comunidad. El anciano Valerio nombró a Agustín, antes de que pasaran cinco años, obispo auxiliar de Hipona, y cuando Valerio murió, un año más tarde, Agustín fue encargado de todo el trabajo pastoral.

En aquellos tiempos, el obispo no era sólo el sacerdote local más importante, sino también profesor de teología y juez civil. No obstante esta pesada carga, Agustín produjo una obra fecunda. Durante los dos años siguientes a su nombramiento de obispo

escribió innumerables panfletos y sermones y mantuvo una correspondencia amplia. De entonces son sus *Confesiones*. Además de exponer las agonías sexuales de su juventud, las *Confesiones* contienen los más profundos enunciados de fe de toda la literatura cristiana y un esbozo de su filosofía, incluyendo su original teoría del tiempo.

Por desgracia, no toda la vasta producción literaria de Agustín fue de tan alta calidad. Como muchos conversos, Agustín se obsesionó con las finezas de la doctrina de la iglesia y malgastó una buena parte de su precioso tiempo en injuriosas campañas en contra de las desviaciones del pensamiento ortodoxo. La herejía maniquea, que tan bien conocía, fue particular objeto de vituperio (“este horrible excremento mental”). Pero no era ésta la única herejía.

Los donatistas, por ejemplo, formaban una secta cristiana que había alcanzado prominencia en el norte de África a principios del siglo IV, cuando rompieron con la iglesia de Roma. Los donatistas sostenían que la iglesia debía permanecer libre de toda interferencia con el Estado.

Nada había de malo en ello, pero una parte central de su programa consistía en provocar una revolución en contra del Estado, a lo que seguiría la llegada de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis y el fin del mundo. Guerreros campesinos, los llamados *circumcelliones*, colaboraban con este programa social.

Los donatistas veían la guerra con buenos ojos, pues demostraba la maldad del mundo. Creían en una vida de penitencia y persecuciones que, si tenían suerte, acabaría en el martirio, de modo que era muy difícil erradicarlos, pues recibían de buen grado toda acción en su contra, ya que solamente confirmaba sus puntos de vista. Una buena parte de los cristianos del norte de África se habían pasado a esta herejía cuando Agustín fue nombrado obispo de Hipona, de modo que tuvo que emplear mucho tiempo polemizando y condenándolos en los términos más violentos.

Más tarde, Agustín hubo de convertirse también en azote de los pelagianos. Esta secta herética había sido iniciada por un monje galés llamado Morgan (nombre en gaélico para marinero y traducido al latín como Pelagius). Cuando el hermano Morgan llegó a Roma, su probo espíritu galés se espantó de la laxitud moral del clero, que tendía a considerar sus votos de manera más frívola y

mediterránea. Morgan descubrió pronto la causa del problema, y es que un día escuchó un sermón en el que el obispo se refería a un pasaje de las *Confesiones* de Agustín (que al detenerse en vagas salacidades había estimulado ventas e imaginaciones a lo ancho de la Cristiandad). El pasaje citado por el obispo explicaba la opinión de Agustín de que el bien no es posible sin la intervención de la gracia divina, doctrina ésta que bordeaba la idea de predestinación. Morgan se percató de que muchos utilizaban esta doctrina como excusa para la laxitud moral, pues no tenía objeto esforzarse en ser bueno si ello dependía de la intervención de la gracia divina.

Morgan se opuso con una doctrina propia, que decía que no existe el pecado original, y que el hombre es capaz de ganar el cielo sin ayuda de la gracia de Dios. Tan perniciosa herejía suscitó una tormenta de protestas, sobre todo de Agustín, que se dispuso de inmediato a defender su teoría ética y escribió una serie de encendidas polémicas, embistiendo contra el malvado galés y su creciente banda de seguidores.

Agustín malgastó gran parte de su tiempo en tareas de propaganda y se hizo famoso por toda la Cristiandad como abanderado de la ortodoxia. (Según Agustín, hasta los niños no bautizados están destinados a la condenación eterna). Uno no puede dejar de preguntarse qué es lo que hizo que un gran pensador como Agustín dedicara tanto tiempo y energía a tamañas tonterías, pero esto no se debía a ningún rasgo psicológico individual, sino que era el síntoma de una manía colectiva que se apoderaría de la iglesia durante muchos siglos. Desde la perspectiva de la historia sólo podemos asombrarnos de la contumacia de Agustín y de otras grandes mentes de la época, que malgastaron de tal manera su tiempo. El Imperio Romano se encontraba en los últimos vestigios de su colapso antes de la Edad Media y los intelectos más finos de la Cristiandad se enzarzaban en amargas controversias acerca de la intervención de la gracia divina, sobre si los niños sin bautizar iban al infierno, o sobre la necesidad de la castidad.

El año 410 d. C., Alarico y los visigodos victoriosos se dedicaron de manera entusiasta al saqueo de Roma. Eran éstos los primeros invasores extranjeros que traspasaban las murallas de la ciudad en casi

ochocientos años. La caída de Roma fue achacada a la pérdida de la fe en los antiguos dioses, cuyo culto había sido prohibido recientemente por el emperador Teodosio en aras del cristianismo. Roma mandó mientras Júpiter fue adorado, y ya ves lo que sucede ahora. La culpa era de los cristianos.

Este argumento tocó la fibra sensible de Agustín y se dispuso a combatirlo. Su respuesta fue *La ciudad de Dios,* una obra maestra de teología y filosofía, por desgracia todavía más difícil de leer hoy que sus *Confesiones*. En *La ciudad de Dios*, Agustín expone la primera visión cristiana de la historia, permitiendo a los cristianos aceptarla caída de Roma como parte del orden divino. A la Ciudad Terrena, cuyos habitantes se deleitan en el mundo temporal, opone la Ciudad de Dios, una comunidad inspirada en el amor a Dios mediante la intercesión de la gracia divina. La Ciudad de Dios tenía una existencia puramente espiritual y no debía ser identificada con ningún lugar de la tierra, ni siquiera con la ciudad sagrada de Roma. Estas ideas habían de tener un profundo efecto en la iglesia medieval e incluso en la Reforma.

Agustín presenta una serie de argumentos ingeniosos a lo largo de La *ciudad de Dios*. Los cristianos no debían afligirse por que los godos victoriosos saquearan impunemente Roma. (Los visigodos, un subgrupo de los godos, eran en realidad los culpables, pero Agustín decidió pasar por alto tales sutilezas al referirse a aquellos bárbaros sedientos de sangre). Agustín aseguró a sus lectores que los brutales delitos de los godos serían castigados cuando se encontraran frente a su Hacedor. Después de todo, si todos los pecados recibieran su castigo en la tierra, ¿qué sentido tendría el Juicio Final?

A causa de las acostumbradas preocupaciones de Agustín, La *ciudad de Dios* también contiene largos pasajes sobre el sexo, que impresionarán al lector moderno como implausibles, ridículos o lo último en prácticas lujuriosas, según su punto de vista. Agustín explica incluso que Adán y Eva podrían fácilmente haber tenido contacto sexual antes de la Caída (si bien enfatiza que con seguridad no lo tuvieron). Esto podría haber tenido lugar como un acto de la voluntad, sin el placer concomitante. Tal y como el propio Agustín admite, el órgano de Adán no habría sido estimulado por el deseo, de modo que desarrolla una argumentación para demostrar cómo la necesaria proeza mecánica

podría lograrse mediante la sola voluntad. Quien crea que la filosofía no es cosa de risa debería leer este pasaje. (Véase un extracto en la sección de Escritos).

Agustín se ocupa también acerca de si las vírgenes violadas por los godos durante el Saco de Roma conservaron su virtud, asunto éste que causó gran enojo entonces. Sí la conservaron, en opinión de Agustín, puesto que la castidad es una virtud de la mente, pero no habría sido así si hubieran disfrutado con la experiencia. Y añade que Dios bien pudo permitir las violaciones debido a que las mujeres afectadas estaban demasiado orgullosas de su castidad. Mientras que hoy en día puede parecer sin sentido o aburrida una gran parte de la teología de Agustín, los pasajes mencionados son tan ofensivos hoy como debieron serlo entonces para toda persona sensata. Con esto no se pone en duda la integridad de Agustín. Probablemente no habría modificado su pensamiento de haber sido él violado por los godos.

Agustín empleó trece años en escribir *La ciudad de Dios* y la terminó el año
426 d. C.,
a la edad de setenta y dos años. Durante todo este tiempo atendió a sus deberes de obispo de Hipona, produciendo cientos de sermones y persistiendo en su vigorosa persecución de los herejes. (Pelagio-Morgan arribó al norte de África después de la caída de Roma y se puso a predicar sus herejías en tierras de Agustín; proporcionándole así un estímulo constante y una fuente de inspiración). Pero a pesar de la posición pública de Agustín y de la alta estima en que era tenido en toda la Cristiandad, siguió siendo esencialmente un sabio aislado, ocupado en las tareas que él mismo se imponía. Se dice que, en sus últimos años, era el único hombre de Hipona que poseía un libro. Tal era la ciudad de donde tomaría su nombre el primer gran filósofo cristiano, San Agustín de Hipona.

El sitio de Hipona lo ocupa hoy el puerto industrial argelino de Armaba. Desde el transbordador que llega desde Marsella se pueden ver las mezquitas y los deslucidos bulevares coloniales bajo los vapores de una gran acería. Hacia los bordes de la ciudad en expansión, rascacielos de viviendas se extienden por las colinas. Pero más allá de las afueras, el paisaje permanece como debió ser en tiempos de Agustín, hace casi dieciséis siglos, con las colinas

hacia el interior punteadas de alcornoques y la línea de playa extendiéndose largamente hacia el cabo bajo el alto y azul cielo africano.

Las indefinidas ruinas de la antigua Hipona se encuentran a veinte minutos de camino, al sur de la ciudad, cerca de la extensa acería. Arriba en la colina que domina las ruinas se encuentra una desabrida basílica, construida por los franceses a comienzos de este siglo; está dedicada a San Agustín. Nada más de este gran santo cristiano queda aquí. Sin embargo, a Agustín le habría parecido algo familiar el recrudecimiento del fanatismo religioso en esta moderna ciudad musulmana, pues sus aspectos fundamentalistas reflejan muchas de sus propias preocupaciones. (De haber vivido Agustín para ver el ascenso del mahometismo, le habría sin duda dedicado la misma confesión y absolución que a maniqueos, donatistas y pelagianos).

El colapso del Imperio Romano se aceleró durante los últimos años de la vida de Agustín. Los vándalos invadieron las provincias del norte de África en el
428 d. C.,
y alcanzaron las puertas de Hipona en mayo del 430. Agustín murió el 28 de agosto del 430, cuatro meses después del asedio, que duraría un año. En el aniversario de esta fecha se celebra el día de su santo. Agustín fue considerado en todas partes como un santo inmediatamente después de su muerte. (Su canonización como proceso formal sucedió a fines del primer milenio).

Los vándalos ocuparon rápidamente todo el norte de África, y en el 497, su rey Thrasamund expulsó a los obispos católicos de Numidia, que llevaron consigo el cadáver de Agustín hasta Cerdeña. Allí permaneció hasta la invasión sarracena del siglo VIII, cuando el rey de los lombardos, Luitprando, rescató las reliquias de Agustín y las hizo traer por sus caballeros hasta Pavía, en Italia, donde han permanecido hasta el día de hoy. Paseando por la Strada Nuova se llega a la iglesia del bello nombre de San Pietro in Ciel
d'Oro
(San Pedro en el cielo de oro). Dentro de la iglesia, de estilo románico lombardo del siglo XII, al lado del altar mayor, se puede ver el florido relicario de mármol que contiene los restos mortales de San Agustín de Hipona.

Después de San Agustín

A la muerte de San Agustín, el Imperio Romano de Occidente estaba en los últimos exteriores de su agonía. Los vándalos ocuparon las provincias del norte de África en el año 439; Roma fue saqueada de nuevo, esta vez por los vándalos, el año 455. Un año después fue depuesto el emperador niño Rómulo Augústulo y se extinguió la mitad romana del Imperio Romano. Comenzaba la Edad Media.

El saber antiguo se conservó durante esta época por la tradición monástica cristiana, que pudo sobrevivir, bien que aislada, pero que llegaría a infiltrar su mensaje por medio de misioneros en los embrionarios reinos feudales de Europa.

Mientras tanto prosiguió el Imperio Oriental en los Balcanes y en el Asia Menor, con su capital en Constantinopla. El Imperio Bizantino (como vino a ser llamado) desarrolló los elementos más oscuros y avariciosos del viejo Imperio Romano, pero pocas de sus virtudes. El año
529 d. C.,
el emperador Justiniano suprimió finalmente toda cultura helenística "pagana" y cerró la Academia de Platón en Atenas. Para muchos historiadores, este acontecimiento marca el comienzo definitivo de la Edad Media.

Inevitablemente, ésta no podía ser una época buena para los filósofos, que necesitan de una sociedad estable y civilizada, con una tradición de saber y ocio. (Rara vez florece la filosofía sin una clase educada ociosa). El primer pensador de cierta valía que apareció en la Europa occidental después de Agustín fue Boecio, que murió, aproximadamente un siglo después de Agustín, en Pavía, Italia. A Boecio se le recuerda sobre todo por su "volumen dorado",

la *Consolación de la filosofía*. Durante la era medieval, éste habría de ser el libro más leído después de la Biblia, y Boecio sería erróneamente considerado por muchos como un filósofo cristiano más grande que Agustín.

Boecio escribió la *Consolación de la filosofía* cuando se encontraba encerrado en una celda y sentenciado a muerte. (Esta extrema forma de ocio ha proporcionado también un estímulo a la filosofía a lo largo de los siglos. Los filósofos más originales simplemente se enfrentaban a la perspectiva de tan estimulante reclusión, y sólo alcanzaron ésta si su originalidad fue reconocida en vida).

Según Boecio, Sócrates, Platón y Aristóteles habían sido los únicos filósofos auténticos, aunque su propia austera doctrina moral se asemejaba más a la de los estoicos. Boecio presenta en la *Consolación de la filosofía* un diálogo con ésta, en el que las respuestas en verso responden a preguntas en prosa:

> "Si quieres ver
> las leyes de Dios con mente pura
> tu vista en los cielos fija debe ser".

La filosofía de Boecio es platonismo puro y sin adulterar, sin nada del neoplatonismo místico de Plotino. No aparecen los dogmas del cristianismo, pero el razonamiento platónico de Boecio en ningún modo los contradice. Esto muestra cuán semejante al pensamiento platónico era una buena parte del cristianismo, aunque si Boecio hubiera extendido su comparación se habría tropezado con contradicciones flagrantes, tales como las conflictivas visiones de la creación sostenidas por los platónicos (*ex nihilo nihil fit:* nada sale de la nada) y por los cristianos (Dios creó el mundo). Agustín se había apercibido de muchos de estos problemas y los había tratado un siglo antes, preparando así el camino para que pensadores esencialmente platónicos como Boecio pudieran considerarse cristianos. Ésta no era una hazaña insignificante en un tiempo en el que la Cristiandad estaba dividida en herejías. Irónicamente, fue finalmente la herejía lo que había de causar la caída de Boecio. Fue sentenciado a muerte por su otrora amigo Teodosio el Grande, el rey arriano de los ostrogodos, al negarse a admitir la herejía

arriana. El arrianismo negaba la divinidad de Cristo y, por tanto, su conocimiento de Dios.

La *Consolación de la filosofía* de Boecio popularizó el pensamiento platónico entre las clases monásticas medievales (o al menos entre las minorías que sabían leer). La élite mantuvo así conocimiento del pensamiento filosófico auténtico, aunque les estaba prohibido abandonarse a prácticas tan peligrosas. De no haber sacado Agustín el platonismo del sombrero cristiano, es poco probable que el pensamiento cristiano hubiera incluido una filosofía digna de este nombre. Si exceptuamos a Agustín, es casi seguro que el pensamiento platónico —y así toda la tradición de la filosofía occidental— habría sido condenado por pagano (lo que sin duda era) o al menos por herético (ídem).

El primer verdadero filósofo de la era medieval fue Juan Escoto Erígena. Nacido a comienzos del siglo IX, probablemente trabajó durante un tiempo en la corte del rey francés Carlos el Calvo. Juan Escoto veía el hombre como un microcosmo del universo. Con sus sentidos percibe el mundo, con la razón desentraña las causas y efectos de las cosas y con el intelecto contempla a Dios. Lo que es más importante, Juan Escoto creía en la eficacia de los razonamientos puramente filosóficos. La razón (i. e., la filosofía) era un camino para llegar a la verdad tan bueno como la teología (esto es, la revelación o la fe). Como ambos eran caminos para llegar a la verdad; nunca se contradecían; pero si aparecía un conflicto; lo mejor era confiar en la razón. Escoto sostenía que la religión verdadera era filosofía verdadera; y que la filosofía verdadera era también religión verdadera. Esto provocó la furia de la iglesia y fue condenado en no menos de dos concilios como "*porridge* (gachas) escocés".

La filosofía pudo sobrevivir en la Edad Media, a pesar de esta actitud. La popularidad continuada de la *Consolación de la filosofía* de Boecio y de las *Confesiones* de Agustín hicieron posible que la tradición monástica se mantuviera en comunicación con la tradición platónica. Si bien el *corpus* principal de las *Confesiones* está dedicado a las vicisitudes espirituales de Agustín en su camino hacia la santidad, sus tres libros finales (
XI-XIII
) se ocupan extensamente de problemas filosóficos. "¿Cómo

comenzó el mundo?", "¿Qué es el tiempo?", "¿Existen el pasado y el futuro?", son sólo algunos de los problemas que suscita y que trata de resolver. Y quienes se sintieran tentados de profundizar en su obra podrían descubrir muchas ricas vetas de razonamiento auténticamente filosófico entre sus diatribas contra los herejes, explicaciones de la mecánica del sexo sin lujuria, etc.

Agustín ejerció una profunda influencia sobre varios pensadores de la era medieval, el más importante de los cuales fue probablemente San Anselmo, fundador en el siglo XI del escolasticismo, la seudofilosofía que había de regir, como autoridad suprema, durante toda la Edad Media. El escolasticismo fue básicamente el intento de construir un cuerpo de auténtico pensamiento filosófico sobre el fundamento del rígido dogma religioso. Lo primero estaba sujeto al razonar filosófico, mientras que lo segundo no. El razonamiento filosófico abarcaba un campo amplio y se ejercía con precisión quisquillosa, pero quien, inadvertidamente; se descarriaba y cuestionaba el dogma podía acabar quemado en la hoguera. El objetivo principal del debate filosófico era el de demostrar que el oponente había cometido el error cardinal de contradecir el dogma. La filosofía se convirtió en un peligroso juego de poder para los pocos que eran brillantes y ambiciosos. (Los psicólogos creen que este impulso por dominar es la base *real* del razonamiento filosófico; y que su finalidad es la de humillar traumáticamente el ego de quien resulta vencido. Esto no resulta descabellado; si se piensa en la argumentación filosófica como en algo análogo al ajedrez. Si, por otra parte, se ve en ella algo remotamente relacionado con la verdad, entonces…).

Estas consideraciones no son tan frívolas e irrelevantes como pudiera parecer. Y una vez más, Agustín tiene alguna responsabilidad. Los antiguos griegos veían de buen grado el diferir en asuntos filosóficos. Diógenes el estoico ridiculizaba a los miembros de la Academia de Platón, pero eso era todo. Las cosas cambiaron con la unión de filosofía y cristianismo. Agustín no se implicaba en un debate meramente académico al atacar las herejías donatista y pelagiana. Estaban dividiendo a la Cristiandad, quería destruirlas y la manera más convincente de hacerlo era demoler sus bases filosóficas mediante argumentos de razón. Tales métodos son hoy tan evidentes como lo fueron en tiempo de Agustín: su lucha

con Morgan (Pelagio) no era muy distinta de la *disputa, filosófica* entre Stalin y Trostky sobre sus diferentes interpretaciones del evangelio comunista. El perdedor sería juzgado por hereje y él y sus seguidores aniquilados. La mayoría de las batallas propagandísticas entre dogmas rivales han intentado ganarse los corazones y las *mentes*.

Los psicólogos tienen razón si es el caso que la filosofía (y sus métodos) se usan de esta manera y la filosofía deviene un juego de poder. Pero esto da lugar a una cuestión fundamental, y Agustín, que contribuyó a introducir estos métodos, no parece haberse dado cuenta de ella. ¿Cuándo es que la filosofía no es usada (o mal usada) de este modo? ¿Se dan circunstancias en las que la filosofía no sea un juego de poder, si bien uno en el que se respetan las reglas más rígidas, de modo que nos conduzcan hacia la verdad? Quienquiera que se sienta capaz de contestar debería sopesar las palabras de Jenófanes: "Nadie sabe, ni nunca sabrá, la verdad sobre los dioses y sobre todas las cosas; pues si alguien, por casualidad, llegara a decir toda la verdad, ni él mismo lo sabría nunca". Esto concuerda con una gran parte de la filosofía del siglo XX, igual que con algunas partes de la filosofía griega y con la filosofía escéptica de los siglos intermedios. Y si no podemos conocer la verdad, el argumento psicológico se hace punto menos que irresistible, pues quien compone el mejor argumento es el que gana. Por fortuna, hoy admitimos que la filosofía trata tanto sobre las reglas de la argumentación como acerca de quién gana.

Agustín no lo habría visto así. En gran medida, y como consecuencia de esta actitud, la filosofía fue mal usada a lo largo de la Edad Media, resultó absorbida por la propaganda cristiana y sólo así fue aceptada. Un ateo o un musulmán no habrían podido intervenir en ninguna argumentación filosófica en la Europa occidental. No es, por tanto, sorprendente que parte de la mejor filosofía de este periodo fuera producida por musulmanes (Averroes y Avicena), y que el escolasticismo resultara finalmente liquidado por Descartes con los razonamientos de un ateo (aunque negara, prudentemente serlo).

Otra figura importante que recibió la influencia de Agustín fue el franciscano del siglo XIII San Buenaventura, que intentó incorporar a la escolástica varios elementos de Platón, de hecho

incompatibles con el cristianismo, y que llegó hasta incluir algunos que el propio Agustín había considerado indeseables. Trazó la línea en la incorporación del aristotelismo, al que consideraba directamente opuesto al escolasticismo. San Buenaventura demostraría tener razón, en la medida en que el aristotelismo ayudó a introducir un elemento de pensamiento científico en la escolástica.

El contemporáneo más famoso de San Buenaventura fue Duns Escoto
(1266-1308),
que no debe ser confundido con Juan Escoto Erígena, muerto cuatro siglos antes. No recibió una fuerte influencia de Agustín, a pesar de que citaba copiosamente de las obras de éste para apoyar sus razonamientos, pero fue un filósofo más importante que San Buenaventura. Su nombre dio origen a la palabra *dunce* (zoquete) (una calumnia inventada por sus enemigos). Cierta vez, Duns Escoto se vio obligado a huir de París para salvar la vida, después de proponer, en contra de la doctrina oficial papal, que la Inmaculada Concepción de María no la incluía en el pecado original. Este episodio ilustra no sólo los peligros a los que se enfrentaban los pensadores de la Edad Media, sino también las profundidades metafísicas en que se habían sumergido los debates en boga. Para muchos, Duns Escoto fue la mejor mente especulativa de la Edad Media; es una tragedia ver semejante talento disputando sobre galimatías metafísicos. Sin embargo, también hizo muchas contribuciones importantes, principalmente elaboraciones (y soluciones) de las dificultades que surgían del platonismo que introdujo Agustín. Por ejemplo, la distinción que hizo Duns Escoto entre las propiedades esenciales y las accidentales de una cosa supusieron un avance lógico importante. Argumentos de este calibre habían sido casi inexistentes desde Aristóteles, quince siglos antes. Duns Escoto demostró que la lógica puede ser usada como una herramienta práctica, si bien no se hizo ningún uso de esto durante varios siglos, debido al talante no científico de la época.

Las definiciones que hace Duns Escoto de las cosas que podemos conocer sin prueba se anticipan al periodo cuando la filosofía pudo finalmente liberarse del peso asfixiante de la teología. Según Duns Escoto, hay tres clases diferentes de conocimiento sin prueba:

primero, los principios que conocemos por sí mismos; segundo, las cosas que conocemos por la experiencia; y tercero, los actos que nosotros mismos ejecutamos.

Duns Escoto llegó a hacerse enemigo de Tomás de Aquino (c. 1225-1274), el más grande de todos los filósofos medievales. Aquino no recibió influencias de Agustín, pero su contribución más importante es notablemente similar. Mientras que Agustín adaptó el pensamiento platónico al dogma cristiano, Aquino pudo conciliar las obras de Aristóteles con las enseñanzas de la iglesia. Muchas de estas obras habían reaparecido en Europa occidental sólo recientemente, como resultado, en gran medida, de filósofos musulmanes como Averroes. Así se completó el círculo de la filosofía. Lo mejor del antiguo pensamiento griego se incorporaba al escolasticismo. El resultado fue desastroso. La naturaleza esencialmente clara y fluida del pensamiento especulativo griego se heló en un rígido glaciar de metafísica cristiana que avanzaba a pasos imperceptibles. La consecuencia fue una maravilla formidable, comparable en proporción y esplendor a una catedral gótica. Uno tenía que observar esta vista como un turista, pasmado. Quienes desearan conocer más debían adherirse a una visita guiada. Pero todo el que intentara explorar esta maravilla por sí solo podía desaparecer por una grieta de herejía, para no ser visto nunca más. No se puede culpar a Agustín de tal resultado, pero fue él quien primero puso la filosofía en esta dirección.

De los escritos de San Agustín

Se ha tomado la traducción de las *Confesiones* de la versión de Lorenzo Riber, Aguilar, Madrid, 1957 *[N. del T.]*.

Dadme la castidad, pero no ahora.

Confesiones, Libro VIII, Cap. 7

Para muchos, la total abstinencia es más fácil que la moderación perfecta.

Confesiones, Libro VIII, Cap. 7

No hubo, pues, tiempo alguno en que no hicierais nada, porque Vos habíais hecho el tiempo.

Y ningún tiempo es coetáneo con Vos, porque Vos permanecéis. Si permaneciese el tiempo, ya no fuera tiempo.

¿Qué es, pues, el tiempo? ¿Quién podría explicarlo fácil y brevemente? ¿Quién podría formarse de él una idea y traducirla luego en definición?

Y con todo eso, ¿de qué hacemos más obvia y frecuente mención en nuestras conversaciones que del tiempo? Y entendemos, claro está, lo que decimos, y lo entendemos también cuando oímos que un interlocutor menciona el tiempo.

¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pide, lo sé; si quiero explicarlo a quien me lo pide, no lo sé. No obstante, con seguridad digo que si nada pasara no habría tiempo pasado, y si nada acaeciera no habría tiempo futuro, y si nada hubiese no habría tiempo presente.

Estos dos tiempos, pues, el pasado y el futuro, ¿cómo "son", puesto que el pretérito ya no es y el futuro no es

todavía? Mas el presente, si siempre fuese presente y no pasara a pretérito, ya no fuera tiempo, sino eternidad. Si el presente, pues, para ser tiempo tiene que pasar a pretérito, ¿cómo podemos afirmar que "es", si su causa de ser es que será pasado, de tal manera que no decimos con verdad que el tiempo "es" sino porque camina al no ser?

Confesiones, Libro XI, Cap. 14

Ama al pecador, pero odia el pecado.

Carta 211 en *Patrologiae latinae* (1845), Vol. 33

Ensuciaba yo, pues, la vena de la amistad con las sordideces de la concupiscencia y nublaba su blancura con la sombra tartárea de la carnalidad, y siendo sucio y deshonesto, con abundante vanidad ufanábame de ser galán y cortesano. También me despeñé en el amor en que deseaba ser cautivo. ¡Oh Dios mío y misericordia mía: con cuánta bondad y con cuánta hiel me acibarasteis aquel insano gusto! Porque es de saber que fui correspondido. Y llegué al enlace secreto y sabroso, y déjeme alegremente prender en serviles ataduras, para que luego, muy pronto, los celos me azotasen con sus recias varas de hierro candente, y de sospechas y de temores, y de enojos y de porfías.

Confesiones, Libro III, Cap. 1

Llevábanme tras sí las representaciones teatrales, llenas de las imágenes de mis miserias y de los atizaderos de mi propio fuego. ¿Por qué será que el hombre en el teatro quiere dolerse contemplando escenas luctuosas y trágicas que de ninguna manera querría padecer personalmente? Y con todo eso, quiere sufrir dolor el espectador, y aquel dolor constituye su deleite. ¿Qué es esto sino una miserable locura? Pues tanto es más viva la emoción de cada cual cuanto menos curado está de tales pasiones, si bien aquello que cuando él lo padece se llama miseria, compartido con otros, se llama lástima.

Confesiones, Libro III, Cap. 2

No había extremos de calor o frío en el paraíso, y sus habitantes no experimentaban deseo o temor que pudiera perturbar su bienaventuranza… Un hombre y su esposa se hallaban en fiel compañía, basada en el amor y en el respeto mutuos, y en la obediencia sin tacha a los mandamientos… Cuando la humanidad se encontraba bendecida por tal facilidad y abundancia, habría sido posible sembrar la semilla de los hijos sin sucia lujuria. Los órganos sexuales serían excitados hasta la necesaria actividad sólo por el poder de la voluntad, así como la voluntad controla otros órganos. Entonces, sin haber sido incitado por el atractivo de la pasión, el marido podría verse liberado en el seno de su esposa, en completa paz de la mente y tranquilidad del cuerpo… esa parte de su cuerpo no activada por la pasión tormentosa, sino puesta en servicio por el uso deliberado del poder cuando surge la necesidad, la semilla depositada en su seno sin pérdida de la virginidad de la esposa… De este modo podrían los dos sexos unirse para la impregnación y concepción por un acto de voluntad, en lugar de por un deseo lujurioso.

La ciudad de Dios, Libro XIV, Cap. 26

AGUSTÍN: Tú que deseas saber, ¿sabes que existes?

LA RAZÓN: Lo sé.

A: ¿Cómo lo sabes?

R: No lo sé.

A: ¿Te sientes a ti mismo como simple, o como complejo?

R: No lo sé.

A: ¿Sientes que te mueves por ti mismo?

R: No lo sé.

A: ¿Sabes que piensas?

R: Si lo sé.

Soliloquios, Libro II, Cap. I

La certeza de que existo, de que lo sé y de que ello me contenta, es conocida independientemente de cualquier fantasía o contradicción.

No temo, respecto de estas verdades, ningún argumento propuesto por los académicos. Si dicen, "¿Qué si te equivocas?" respondo, "Aunque me equivoque, existo". Un ente no existente no puede equivocarse. Por lo tanto, debo existir si me equivoco. Si el equivocarme prueba que existo, ¿cómo puedo equivocarme al pensar que existo, si mi error confirma mi existencia? Por tanto, para equivocarme tengo que existir, pues, incluso si me equivoco, no se puede negar que no me equivoco en mi saber de que existo. Por tanto, tampoco me equivoco en saber que sé. Pues del mismo modo que sé que existo, sé también que sé. Y cuando me siento contento a causa de estos dos hechos, puedo añadir con igual certeza esa alegría a las cosas que sé. Pues no me engaño acerca de mi alegría, porque no me engaño acerca de las cosas que amo. Aunque estas cosas fueran ilusorias, quedaría siempre el hecho de que amo las ilusiones.

La ciudad de Dios, Libro XI, Cap. 26

No negarás, ciertamente, que existe una verdad inmutable, que contiene todas las cosas que son inmutablemente verdaderas, y que no puedes afirmar que te pertenece a ti, a mí, o a algún otro hombre. De manera maravillosa, hay una luz inefable y universal, por así decir, que está presente y se manifiesta a todos por igual. Pero ¿quién puede decir que lo que está presente a todo el que razona y comprende pertenece realmente a la naturaleza de un individuo? Recuerda lo que dijimos hace un instante acerca de los sentidos corporales, y es que lo que todos percibimos con nuestros ojos o nuestros oídos, como los colores y los sonidos, no pertenece a nuestros ojos u oídos individuales, sino que está ahí para todos. Del mismo modo, no puedes decir que las cosas que todos aprehendemos con nuestras propias mentes individuales tienen algo que ver con estas mentes individuales. Pues lo que los ojos de dos personas ven al mismo tiempo no pertenecen a los ojos de ninguno de

ellos, sino que en realidad consiste en una tercera cosa a la que se dirige la mirada de ambos.

De libero arbitrio voluntatis, Libro I, Cap. 12

Voy a responder a quien pregunta: “¿Qué hacía Dios antes que hiciese el cielo y la tierra?”.

Y respondo, no aquello que se dice que alguien respondió por donaire, esquivando la ardua cuestión: “Para los zahoríes de la profundidad, preparaba infiernos muy profundos”. Una cosa es ver y otra cosa es reír…

Mas si algún espíritu liviano… se maravilla que durante siglos innumerables cesasteis de obra tamaña, antes de crearla… avive el seso este espíritu volátil y advierta que se maravilla de falsedades.

¿De dónde podía salir la procesión de los siglos innumerables que no habíais creado Vos? ¿Qué tiempos pudo haber que por Vos no fuesen creados? ¿Ni cómo hubieran pasado si no hubiesen existido?

Ni Vos en el tiempo precedéis al tiempo; pues si así no fuera, no precederíais a todos los tiempos.

La ciudad de Dios, Libros XI, XII, XIII

Las siguientes tres citas contienen partes conexas de un razonamiento relativo al tiempo:

¿No os confiesa mi alma en verídica confesión que yo mido el tiempo? Así que, Señor Dios mío, yo mido y no sé lo que mido. Mido el movimiento del cuerpo por el tiempo. ¿Acaso no mido el tiempo mismo? ¿Es que mediría el movimiento del cuerpo, su duración, el tiempo que consume en ir de un punto a otro si no midiese el tiempo en que este movimiento se opera?

Al tiempo mismo, ¿de dónde lo mide? ¿Por ventura con un tiempo más breve medimos un tiempo más largo, como por el espacio de un codo medimos la longitud de una viga? Así se nos ve medir la duración de una larga por la duración de una breve, diciendo que la primera es el doble de la

segunda. De la misma manera medimos la longitud de los poemas por el número de versos…

Mas aun así no llegamos a una medición fija del tiempo, puesto que puede acontecer que un verso más breve, pronunciado con mayor lentitud, resuene más prolongadamente que otro más largo que se recite atropelladamente…

Por ello me pareció que el tiempo no era otra cosa sino una extensión, una extensión de yo no sé qué; y maravilla fuera si no lo fuera del mismo espíritu.

Confesiones, Libro XI, Cap. 26

Pues ¿qué mido, decidme, Dios mío, cuando digo, por aproximación: "Este tiempo es más largo que otro", o cuando digo, con precisión absoluta: "Este tiempo es el doble que aquél"? Mido el tiempo, lo sé; pero no mido el futuro, que todavía no es; no mido el pasado, que ya no es. ¿Qué es, pues, lo que mido? ¿Acaso el tiempo que pasa, no el pasado?…

Confesiones, Libro XI, Cap. 26

En ti, espíritu mío, mido el tiempo. No me contradigas; ello es; no me contradigas con el estruendo y el tropel de tus impresiones. En ti, repito, mido el tiempo. La impresión que dejan en ti las cosas transitorias, aun cuando han pasado ya, permanece; esta impresión es la que yo mido cuando está presente; no las realidades que pasaron y la produjeron: esta impresión mido cuando mido el tiempo. Pues, o ésta es el tiempo, o no mido el tiempo.

Confesiones, Libro XI, Cap. 27

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.
399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
410 d. C.	Los visigodos saquean Roma, anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.

1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la sabiduría griega.
1543	Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.
1633	Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.
1641	Descartes publica sus *Meditaciones,* inicio de la filosofía moderna.
1677	La muerte de Spinoza hace posible la publicación de su *Ética*.
1687	Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.
1689	Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.
1710	Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano,* conquistando nuevos campos para el empirismo.
1716	Muerte de Leibniz.
1739-1740	Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.
1781	Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.
1807	Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818	Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación,* introduciendo la filosofía hindú en la metafísica alemana.
1889	Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.
1921	Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus,* proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.
1920-1929	El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.
1927	Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental.
1943	Sartre publica *et le néant (El ser y la nada),*
L'être	
	adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.
1953	Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Cronología de la vida de San Agustín

354 d. C.	Nace en Tagaste, el 13 de noviembre.
370, a partir de	Estudiante en Cartago. La lectura de Cicerón despierta su interés por la filosofía. Se siente atraído por el maniqueísmo.
382	Abandona Cartago y va a Roma.
final de la década. 380	Profesor en Milán. Escucha las prédicas de Ambrosio.
386	Se convierte al cristianismo.
387	Es bautizado por Ambrosio. Regresa a África (su madre muere en camino en Ostia).
391	Ordenado sacerdote auxiliar de Valerio, obispo de Hipona.
396	Muere Valerio y Agustín le sucede como obispo de Hipona, cargo en el que permanece hasta su muerte.
396-411	Combate la herejía donatista.
399	Escribe *Las confesiones*.
410, a partir de	Combate la herejía pelagiana.
413	En respuesta a la caída de Roma en poder de los visigodos, comienza a escribir *La ciudad de Dios*.
410, a partir de	Emigración de los herejes pelagianos al norte de África.
426	Termina *La ciudad de Dios*, después de trece años, a la edad de setenta y dos.

428	Los vándalos invaden las provincias norteafricanas del Imperio Romano.
430	Agustín queda atrapado en Hipona cuando los vándalos comienzan su asedio en mayo.
430	Muere el 28 de agosto en la Hipona asediada a la edad de setenta y cinco años.
497	Los obispos católicos, expulsados del norte de Africa por los vándalos, toman consigo los restos de Agustín y se trasladan a Cerdeña.
siglo VIII	El rey de los lombardos, Luitprando, trae a Pavía, en Italia, los restos de Agustín.

Cronología de la época de San Agustín

360 d. C.	Establecimiento de una comunidad cristiana en Candida Casa, al noroeste de Gran Bretaña.
370	Primera aparición de los hunos en Europa, al norte del Mar Negro.
370, a partir de	Los godos, empujados por los hunos que migran hacia el oeste, invaden las regiones occidentales del Imperio Romano.
378	Los visigodos derrotan a los romanos en Adrianópolis (hoy Edirna, en el oeste de Turquía), destruyendo la leyenda de la invencibilidad romana.
381	Concilio ecuménico de Constantinopla (hoy Estambul).
395	Los visigodos invaden Grecia.
397	Muerte de San Ambrosio.
Finales del siglo IV	Continúa la diáspora judía, establecimiento de comunidades en lugares tan lejanos como la España meridional y la Alemania central.
Principio de los 400	El emperador Honorio retira de Gran Bretaña las últimas legiones romanas.
400	La población estimada mundial es de unos 250 millones.
410	Roma es saqueada por los visigodos.

419	Muerte de Pelagio, guía de la herejía pelagiana.
428	Los vándalos invaden las provincias norteafricanas del Imperio Romano.
Mitad del siglo V	Anglos; sajones y jutos comienzan sus incursiones en las islas británicas cruzando el Mar del Norte.
430	Asedio de Hipona.
431	Concilio ecuménico de Éfeso.
432	Fin de la comunidad cristiana fundada setenta y dos años antes en Candida Casa, al noroeste de Gran Bretaña.
434	Atila el Huno, conocido como *Flagellum Dei* (el Azote de Dios), establece su campamento principal en tierras de los búlgaros (hoy Bulgaria).

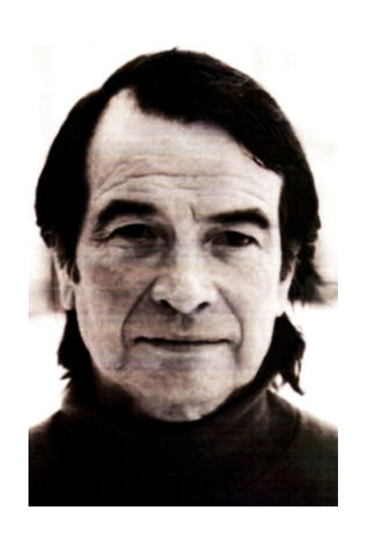
Lecturas recomendadas

- *The Confessions of St. Augustine,* traducción de Rex Warner (New American Library, 1963) [*Las confesiones de San Agustín,* 3 t.,
  Madrid, Ediciones Antiguas, 1983].
- Vernon J. Bourke, ed., *The Essential Augustine* (Hackett, 1974).
- Henry Chadwick, *Augustine* (Oxford University Press, 1981).
- Gerald
  O'Daly,
  Philosophy of Mind
  Augustine's
  (University of California Press, 1987).
- Brian Stock, ed. *Augustine the Reader* (Harvard University Press, 1996).

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos
17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de dos docenas de idiomas. Es el autor de los *bestsellers "Los Medici: Padrinos del Renacimiento"; "Napoleón en Egipto"*; y "*El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica*". Su más reciente trabajo "*El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova*" salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.